

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario, M. NAVARRETE

FESTIVO

Año II.-Núm. 69

Barcelona 16 de Junio de 1917

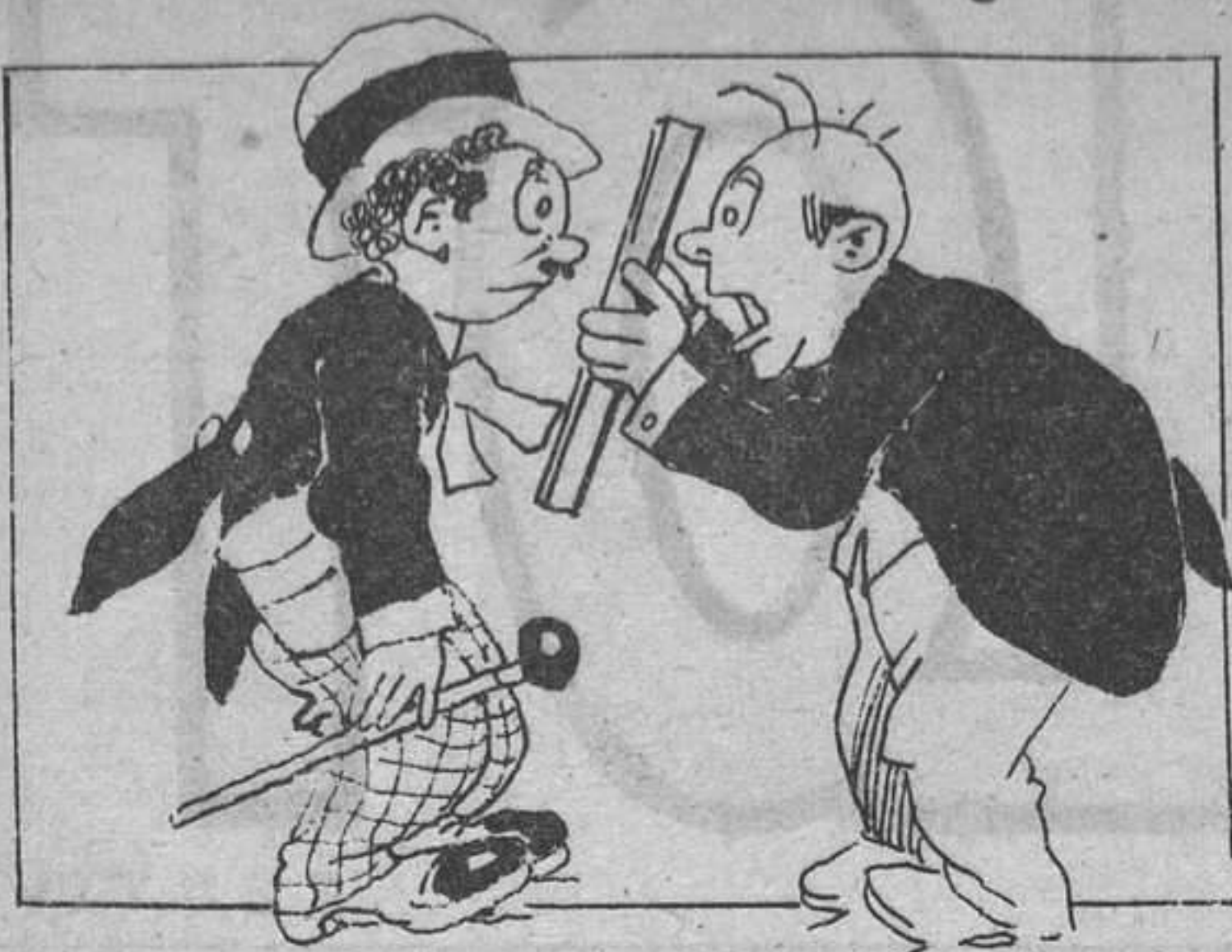
10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA



A pesar de cierta ducha muy bien dada,
todos llevan una cosa remendada.
Quien un brazo, quien un ojo, quien la oreja,
y no es raro que se escape alguna queja;
pues dolidos y duchados, en monton,
poco halaga luego ir en procesión.



Charlot quiere darse un paseito, y su criado le advierte lo sucio y deslucido que lleva el traje.



Pero a él no le preocupa la mayor o menor pulidez de sus vestidos.



Y recordando aquel refrán de que «el hombre y el oso, cuanto mas feo, más hermoso», se dirige muy campante hacia la playa.



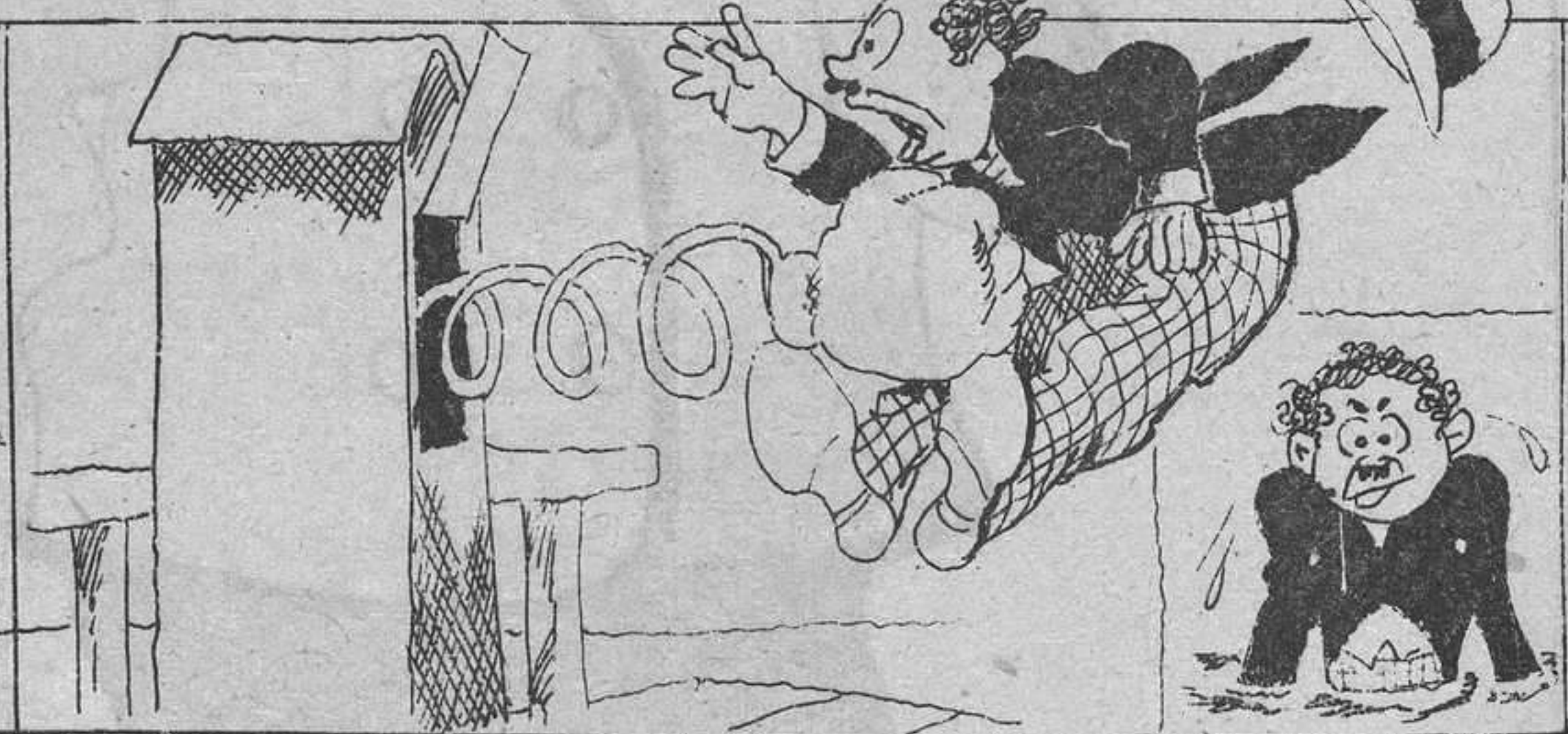
Lo primero que hace es dirigir los prismáticos a la concurrencia, y lo primero que vé es a su tan adorada como inolvidable Kety.



Corre hacia ella, y después de saludarla e interesarse por el estado de su salud y la de sus primos y demás parientes...



se siente generoso y quiere obsequiarla con alguna golosina de las que salen en las máquinas automáticas.



Pero lo que sale de aquella máquina-sorpresa es una ídem que le obliga a tomar un baño involuntario, alegrándose mucho de la casualidad que tan bonitamente le proporciona un lavado general en bien de su indumentaria.

MÚSICA CELESTIAL

Uno y dos. ¡Do-re-mi-fá, sol-la-si-dó!
Pues sí, querido lector: como tres y dos son siete (si la Geografía no miente) y a fé que me llamo Charlot (si mi cédula no ídem), te aseguro por lo dicho, que entre los muchos amantes al «arte de bien combinar el tiempo y el sonido», figuro en primera escala.

¡Do-si-la-sol; fa-mi-re-dó! Uno y dos.

Si estoy en casa; soy un continuo en-fa-do de mi fa-mi-lia, arman-do y desarman-do un precioso re-loj, por tocar piezas nuevas. La tarde que salgo de paseo; lo hago en días nublados, por pasearme, bajo un sol-feo. Cuan-do alguien me convida, solo tomo re-frescos por que en estos días aprieta el sol y es natural. Y para que veas que en torno mi-o to-do es música, te contaré en un séis (léase dos por tres que es igual) un ensueño que tuve noches pasadas, en el que los nombres de obras, notas y demás signos musicales revolotean, movidos por un aire que tiene algo de allegro, poco de vivo y nada de gracioso.

«Me encontraba bajo profundo silencio, envuelto en blancas sábanas y re-vuelto en la mayor oscuridad, cuan-do noté con extrañeza que cuatro figuras negras y fantásticas, me transportaban frente al balcón de mi amada, que es una dulce habanera, hija de la «La viuda alegre» y nieta de «La viejecita» que en tiempos re-motos fué cocinera del «Rey que rabió.»

«Para llegar hasta ella, tendí mi escala, fuí as-cen-dien-do, templé mi la-udy al dar un dó de pecho, la dije, que ella me diera un sí aún cuando fuese de espaldas y empezó el canto...

a caer un gran cantó que se desprendió de la pared, viniendo a tierra el canto, la escala y yo; cayen-do sobre el acompañamiento de un entierro que pasaba, y con-trabajos y no pocos esfuerzos, logré calmar aquel enjambre humano que sobre mi gritaban ¡Maldito contratiempo! (que negras las pasé). Las primeras voces eran fuertes, las segundas débiles, disminuyen-do la cuestión hasta razonar todas en un tono natural que después fué sostenido y decente.»

«Cesó el ruido. Me despedí de mi a-do-rada y emprendí una marcha lenta que tuve que hacer reglar por que empezaba a llover; más como la lluvia crecía, yo también fui a-cre-cen-tan-do el paso, hasta terminar con un paso doble.»

«Por llegué a mi casa que está si-tuada en una de las principales calles de la Corte (pero no de Faraón) y entré en mi habitación que es una bonita pieza, a tiempo que un vivo trueno iluminó la estancia y un ronco re-lámpago (o a vercevisa) hizo re-temblar los adoquines del teja-do que algunos se estrellaban contra las tejas de la calle.»

«El viento redoblaba en los cristales, la lluvia silbaba, los truenos cegaban y los relámpagos ensordecían; y en medio del estruendo que formó «La Tempestad»; desperté sobre azucar-tado (no digo sobre sal, por que acababan de servirme el desayuno, y esto con sal no re-sulta.»

Si há si-do mi re-la-ta-do ensueño, amable lector, algo pesa-do y sol-amente he consigui-do ponerte la cabeza como un bombo; espero de tu bondad me dispenses, aunque desde luego comprenderías que música tan solo fuera.

El Cabo López



river, y siguiendo su curso, se eleva algunas millas al N.

Luego se inclina al E. y no se aleja de la orilla hasta dejar a las Humboldt-Ranges, donde nace el río, casi a la extremidad oriental del Estado de Nevada.

Después de almorzar Mr. Fogg, mistres Auda y sus compañeros ocuparon otra vez su asiento en el vagón, y sentados cómodamente, miraban el variado paisaje que se deslizaba ante sus ojos: extensas llanuras, montañas que se perfilaban en el horizonte, riachuelos de espumosa corriente.

De vez en cuando una gran manada de búfalos, agolpándose a o lejos, aparecía como una muralla móvil.

Esos innumerables ejércitos de rumiantes oponen a veces insuperable obstáculo a la marcha de los trenes.

Ha habido ocasión en que desfilando en masa apretada muchos miles de aquellos animales, se ha visto forzada la locomotora a esperar que la vía quedara libre.

Eso fué lo que ocurrió aquel día: hacia las tres de la tarde obstruyó la vía un rebaño de diez a doce mil cabezas, y por más que la máquina, que había moderado su velocidad, trató de introducir su espolón en el flanco de la inmensa columna, no tuvo más remedio que detenerse delante de aquella impenetrable masa.

Veíanse aquellos rumiantes—llamados impropriamente búfalos por los americanos,—marchar con su paso tranquilo y lanzando mugidos formidables.

Eran de talla superior a los toros de Europa, con las patas y la cola cortas, la cruz saliente formando joroba, los cuernos separados en su base, y la cabeza, el cuello y las espaldillas cubiertos de largas crines.

No había que pensar en detener esta emigración, porque cuando aquellos animales toman una dirección no hay nada capaz de contener ni variar su marcha; es un torrente de carne viva que no puede contener ningún choque.

Los viajeros, situados en los puentecillos y azoteas del tren, contemplaban aquel curioso espectáculo; pero mister Fogg, que debía ser el que tenía más prisa que todos, no se movió de su puesto, esperando filosóficamente que los búfalos tuviesen a bien cederle el paso.

Picaporte estaba furioso por el retraso producido por aquella aglomeración de animales y quiso descargar sobre ellos su arsenal de revólveres.

—¡Qué país!—exclamaba.—¡Unos miserables bueyes detienen los trenes, y siguen su marcha procesional con

tanta calma como si no impidiesen la circulación! ¡Quisiera saber si Mr. Fogg había previsto este contratiempo en su programa! ¡Qué hace ese maquinista, que no se atreve a lanzar su máquina contra este molesto ganado!

El maquinista no había intentado allanar el obstáculo, obrando cuerdamente, porque, aunque hubiera derribado los primeros búfalos con el espolón de la locomotora, al fin hubiera sobrevenido un descarrilamiento cuyas consecuencias hubieran podido ser fatales.

Lo mejor era, pues, esperar con paciencia y disponer a ganar el tiempo perdido acelerando la marcha del tren.

El desfile de los búfalos duró tres horas, que parecieron interminables, y la vía no quedó libre hasta el anochecer, en cuyo momento las últimas filas del rebaño atraviesan los rails, al paso que las primeras se perdían en los últimos límites del horizonte del Sur.

Eran las ocho cuando el tren pasó por los desfiladeros de Humboldt-Ranges, y a las nueve y media penetró en el territorio de Utah, la región del Lago Salado, el curioso país de los mormones.

Durante la noche del 5 al 6 de Diciembre, el tren recorrió al SE. por un espacio de unas cincuenta millas; luego remontó otras tantas hacia el NE., acercándose al gran Lago Salado.

Picaporte salió a tomar el aire a los puentecillos a eso de las nueve de la mañana.

Hacía frío y estaba nublado, pero no nevaba.

El disco del sol, agrandado por efecto de la neblina, parecía una enorme moneda de oro, cuyo valor en monedas esterlinas se entretenía en calcular Picaporte, cuando le distrajo de tan útil tarea la aparición de un extraño personaje.

Era éste un hombre de elevada estatura, muy moreno y con negro y espeso bigote; llevaba pantalón, frac, chaleco y sombrero de seda negros, corbata blanca y guantes de piel de perro; se le hubiera tomado por un ministro protestante. Iba de un extremo a otro del tren y a la puerta de cada vagón pegaba con obleas un cartelito manuscrito.

Picaporte se acercó y leyó en uno de ellos que el honorable "elder" William Hitch, misionero mormón, aprovechando su presencia en el tren número 48, de once a doce de la mañana, en el vagón número 117, daría una conferencia sobre el mormonismo, invitando a oírle a todos los gentlemans que desearan instruirse en los misterios de la religión de los "Santos de los últimos días".

(Continuará)

LA BUTIFARRA REVELADORA

o una hazaña de Tragavientos

Se disponía Tragavientos a descansar de las fatigas del día, cuando oyó el timbre del teléfono sonar con insistencia. No hizo caso y se tumbó en la cama cerrando los ojos.

Estaba soñando que Nik Carter era una albondiguilla a su lado, cuando el timbre volvió a sonar otra vez. Se levantó de la cama y cogió el auricular.

—¿Quién llama?—preguntó.

—Yo, la esposa de Quiliano Gorrínez.

—¡Ah! Muy señora mía. Pero espere un momento que me vista, pues no está bien se hable con una mujer en paños menores.

Se vistió en un momento Tragavientos y volvió al auricular.

—Ya estoy en condiciones de hablar con V. ¿Qué desea?

—¡Oh, es una cosa horrible! Esta noche han asesinado a mi esposo.

—¡Morcilla!—exclamó Tragavientos.

—Sí, señor, morcilla le han hecho. La parte mayor que han dejado de su cuerpo será igual a un grano de anís de los pequeños. Mire V. si sera horrible, que los criminales han clavado en los ojos de mi desgraciado esposo una infinidad de mondadientes, le han hecho polvo la columna vertebral y se han llevado sus costillas.

—¡Salchichón, que barbaridad!—no pudo menos que decir Tragavientos.

—Sí, poco ha faltado para que le convirtieran en un salchichón... ¡Pobre Gorrínez!

Tragavientos, al oír esto le bailaba un zapateado morrocotudo el corazón, y los pelos los tenía más tiesos que pararrayos.

—¿Y no sospecha V. de nadie, desconsolada viuda de Gorrínez?—le preguntó Tragavientos.

—No, inclito detective.

—¿Tenía enemigos?

—Ninguno, señor. Era un pedazo de pan.

—¿Y acreedores?

—Le debía a un camarero un café y media tostada.

—Había alguien con él cuando le asesinaron?

—Sí, un gatito.

—¿Notó V. si le faltaba algo a su difunto esposo?

—Sí, le faltaba un botón de la camiseta.

—¿De qué color era?

—Verde.

—Bueno, ya sé lo suficiente para pillar a los asesinos. Pero si no le corre a V. prisa esperaré a mi maestro Cocoliche que ahora está en el Congo andorrano.

—¿Tardará mucho en venir?

—No lo sé, señora, pero poco más o menos no pasará de diez años. ¿Puede V. esperar ese corto período.

—No, no puedo. Ardo...

—¿Que arde V.?

—Me refiero a que ardo en deseos de que se castigue a los asesinos.

—Se castigarán, señora.

—¡Ah, si es verdad lo que dice V., prometo regalarle unos calcetines calados y le convidaré al cine.

—Lo del cine, pase, pero eso de los calcetines está bien, pues los que llevo supongo que pertenecerían a Noé.

—Que la suerte le ayude, generoso detective.

—Beso sus pies, desconsolada viuda de Gorrínez.

No esperó siquiera Tragavientos a que se hiciese de día. Se compró dos panecillos y una pastilla de chocolate, se metió en un bolsillo el portátil 42 que le ha-

bía regalado Cocoliche y se echó a la calle seguro de descubrir a los criminales.

Por más que se daba puñetazos en el caletre buscando la solución de aquel problema espeluznante, no la hallaba.

¿Quiénes serían los criminales. Era el caso más difícil que hasta entonces había encontrado en su vida detectivesca. Pensó en la falta que ahora le hacía su maestro Cocoliche. Con él, estaba seguro de que hubiera descubierto a los asesinos. Pero ¡qué carapel también lo podía hacer él solo. Si lograba descubrir a los sanguinarios asesinos, dejaba en mantilla a todos los detectives habidos y por haber.

Iba haciendo estas reflexiones mientras se comía los panecillos y el chocolate. Acertó a pasar por una tienda de embutidos y se le abrió el apetito. Entró en ella y compró diez céntimos de butifarra y en una panadería cercana compró otro panecillo.

Cuando más entusiasmado estaba mordiendo la butifarra dió un grito de dolor, y tres de sus dientes fueron a parar al suelo.

—¡Mortero!—exclamó.—¿Qué diablos será esto?

Examinó la butifarra que le quedaba y encontró en ella un objeto que le llamó la atención. ¡Era un botón verde!

Todo fué verlo y dar un grito de alegría que seguramente oyó Cocoliche desde el Congo andorrano.

¡Ya tenía la gloria ganada! Aquel botón era el que faltaba en la camiseta de Quiliano Gorrínez. Para festejar su triunfo compró cinco centimos de garbanzos torrados.

—¡Ya sé donde están los asesinos!—se dijo Tragavientos lleno de alegría.

Y cantando «La Castañera», se dirigió a la tienda donde había comprado la butifarra. Cuando llegó a ella vió que estaba cerrada. Pero no se arredró nuestro valiente detective por esto. Como es tan pequeño se metió por una alcantarilla. Oyó voces lejanas. Sigilosamente se dirigió hacia donde sonaban. Y la escena más espantosa que figurarse puede, contempló el valiente detective.

En una habitación pintada de rojo había diez o doce hombres haciendo toda clase de embutidos. En el suelo, formando montones, se veían riñones de mujeres, cerebros machacados, huesos rotos, ojos deshechos, costillas, piernas, y hasta había pedazos de la parte más magrosa del cuerpo humano.

Se le pusieron los pelos de punta a Tragavientos al ver aquella macabra escena. Sacó su portátil 42 y con voz de trueno, gritó:

—Al que se mueva le envío un merengue a la cabeza.

Ninguno de aquellos hombres sanguinarios pudo huir, y nuestro genial detective los ató codo con codo e imitando a un municipal, les dijo:

—¡P'alante! ¡a la Comí!

No se pueden figurar los lectores el alegrón que se llevó la viuda de Gorrínez al enterarse del triunfo de Tragavientos. Para que se puedan dar ustedes una idea, solo tengo que decirles que la citada señora, además de regalarle los calcetines calados y llevarle al cine, le pidió a Tragavientos un recuerdo.

Y Tragavientos, a fuer de cortés, le regaló uno de los dientes que se le cayeron al morder la butifarra reveladora.

Pascual Martínez Surroca

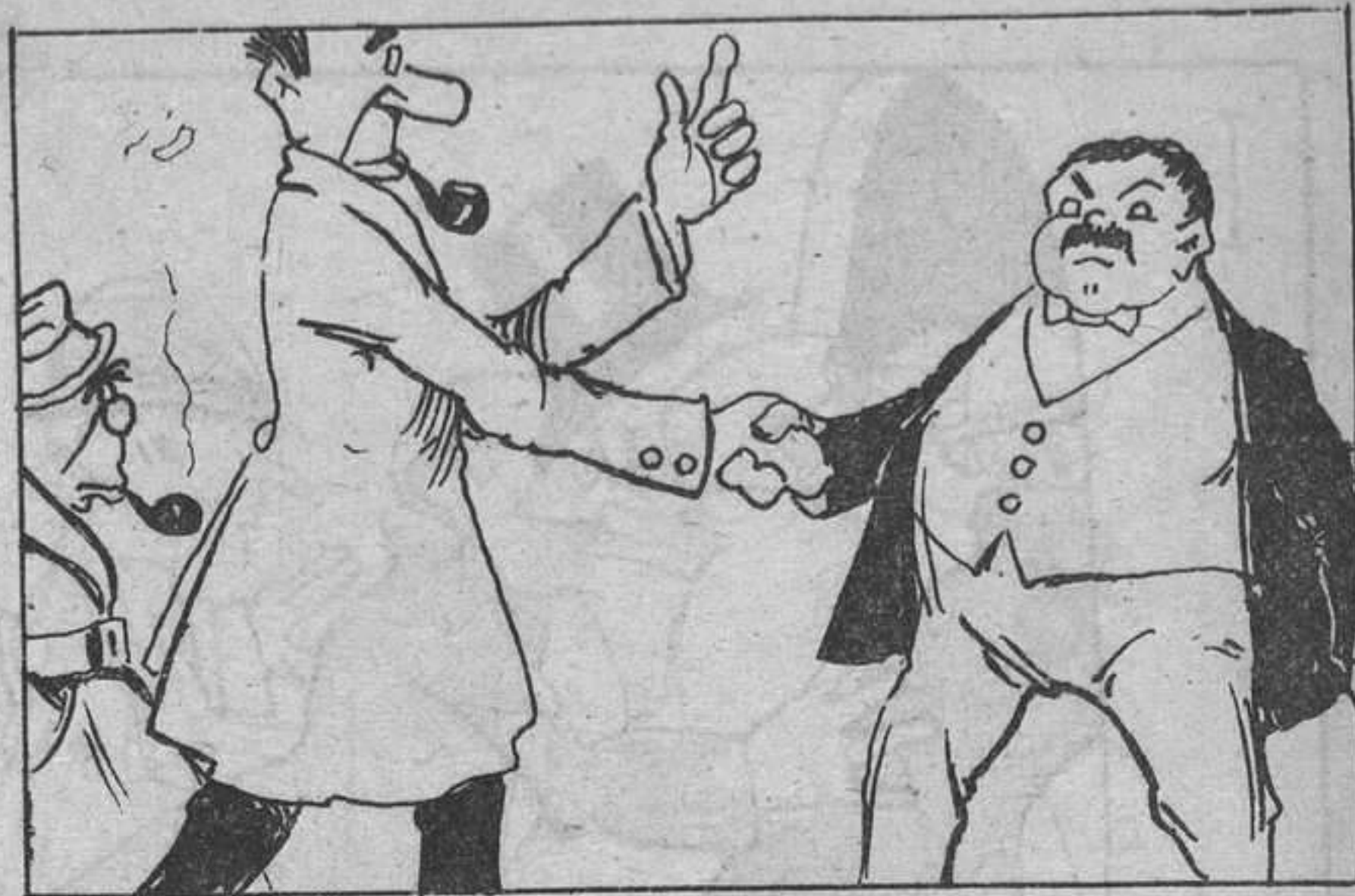


Cocoliche

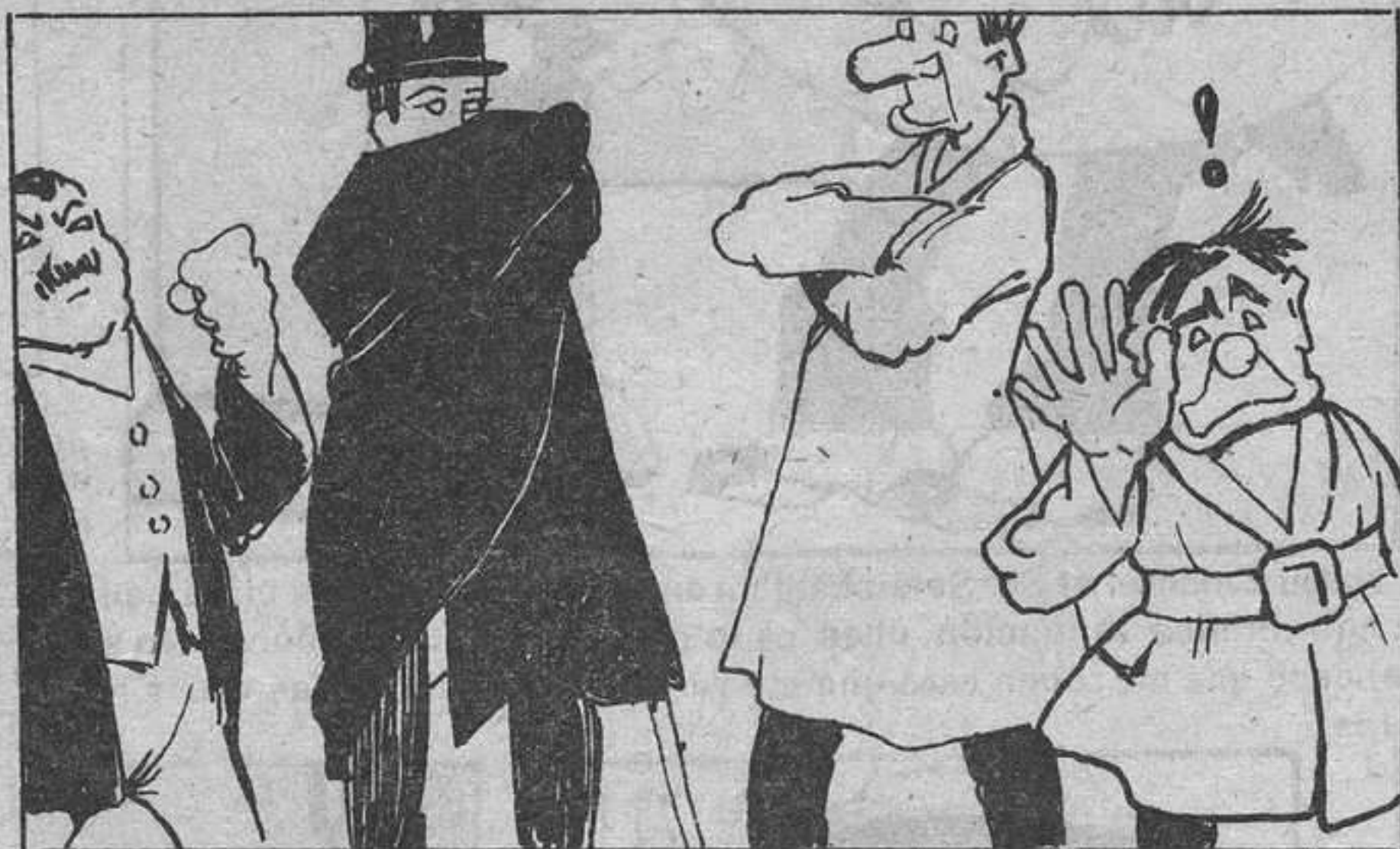
el Rey de los detectives, contra Lord Finuelle
(a) JON. C. JAKSON, el rey de los ladrones



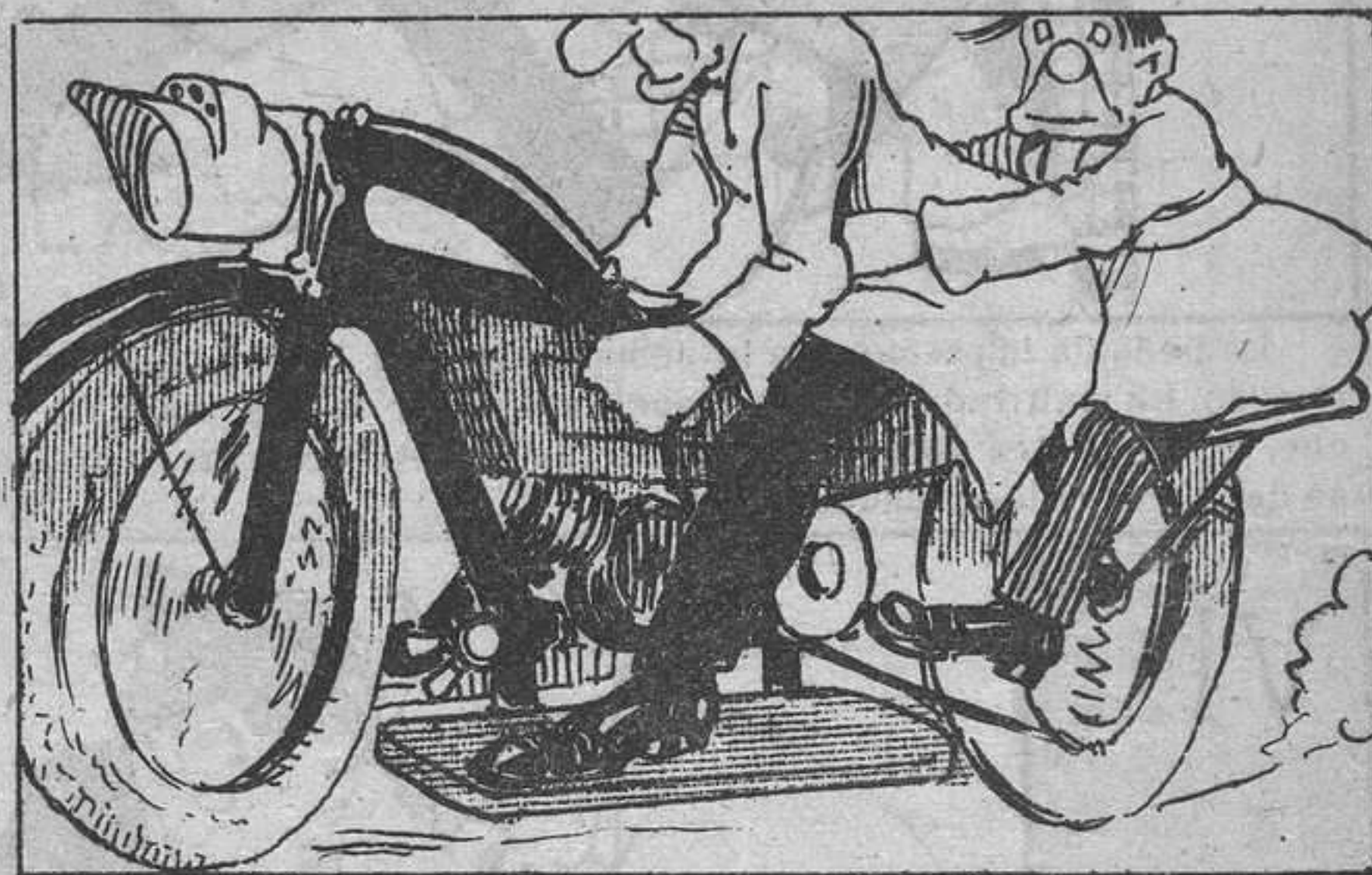
Al llegar Cocoliche se encontró con su ayudante atado y con una carta prendida de la oreja que decía: —«Si quieres encontrarme, a las dos estaré en el despacho de Baxter».



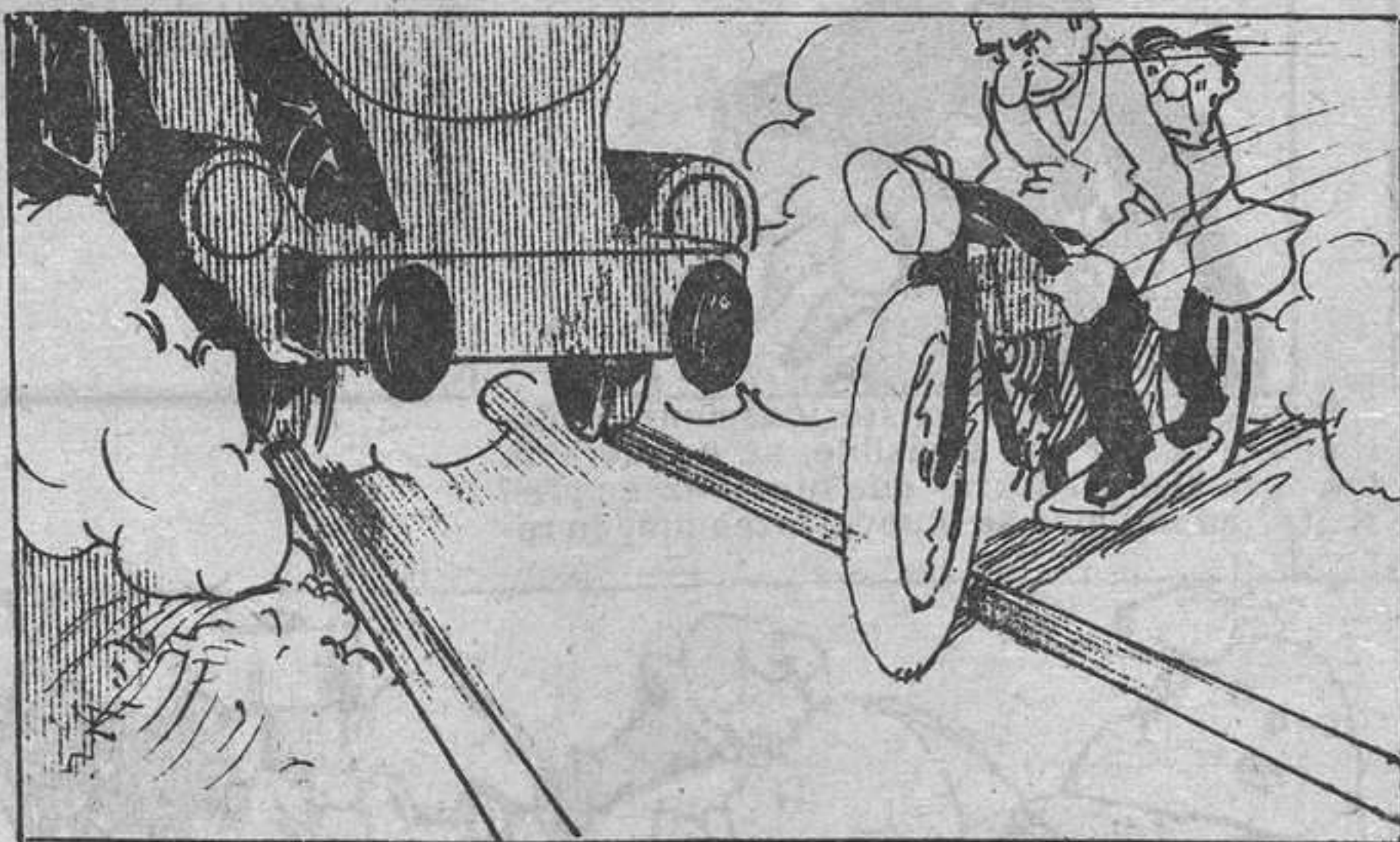
Intrigado por la audacia del misterioso personaje, se personaron ambos detectives en el despacho del policía, a quien, en pocas palabras pusieron al corriente de lo sucedido.



Ya se disponían a tomar las medidas más enérgicas, cuando la aparición de un embozado les llenó de asombro.
—Inútil molestaros, señores, en estos momentos la caja de Mucha-plata es aligerada de su «mucho-peso»—dijo el desconocido.



Y sin pérdida de tiempo, los intrépidos detectives salieron disparados en una motocicleta marca «Tortugn», con el solo objeto de llegar a tiempo a la casa de Mucha-plata.



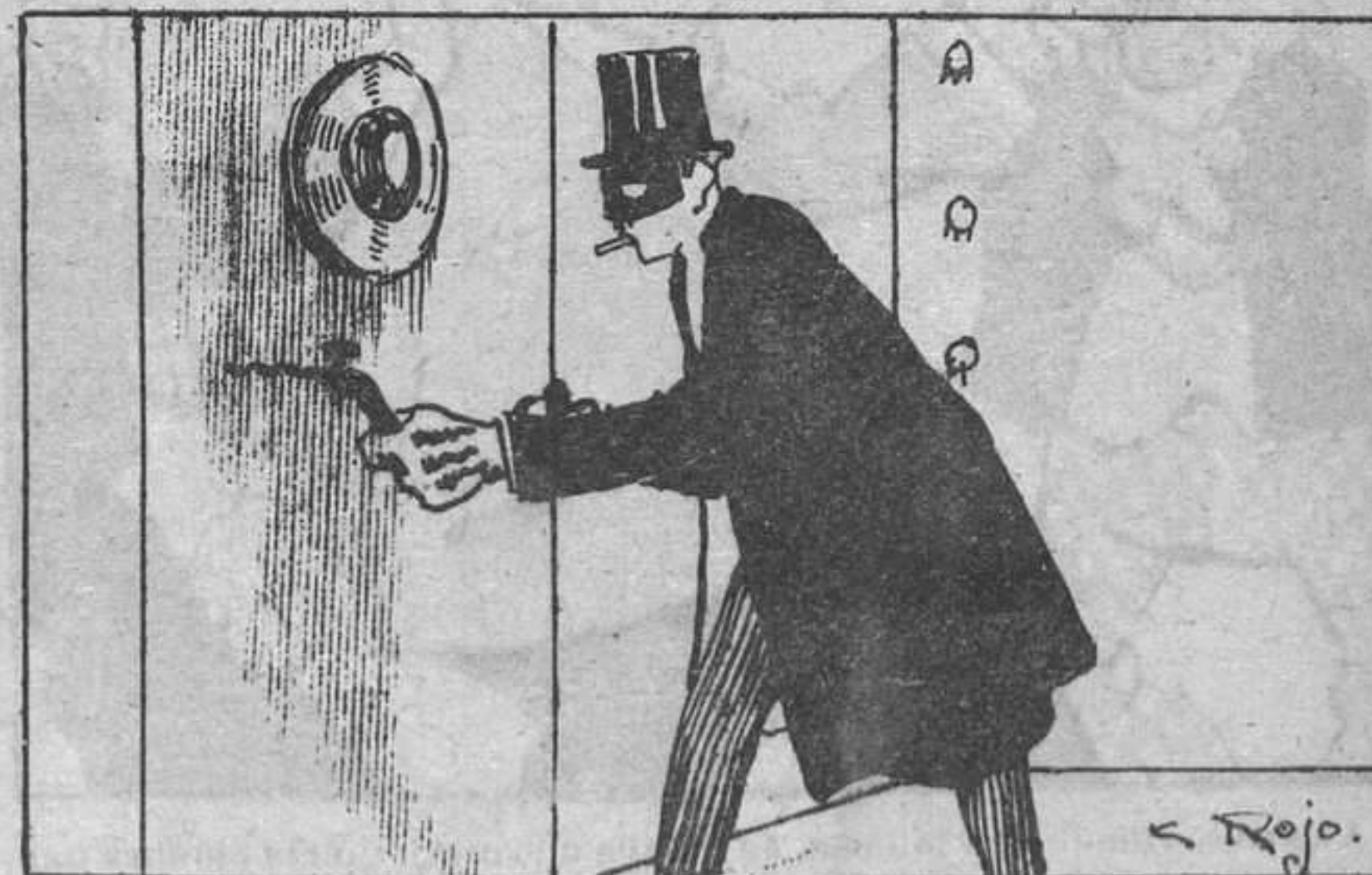
Marchaban a una velocidad de 200 por segundo, cuando a mitad de su carrera se oyó un silbido prolongado.
El exprés se les echaba encima.



Cocoliche intentó aumentar la velocidad, pero un fuerte topetazo los lanzó hacia un lado de la cuneta.



Después del susto y del consiguiente porrazo, Cocoliche, maldiciendo el inesperado contratiempo, dijo:—Amigo Tragavientos; la mala estrella nos ha estrellado... pero...



pero ¿quién era aquel enmascarado que tan osadamente forzaba la cámara acorazada de Mucha-plata?
—¿Dónde se hallaba Jon C. Jakson? ¡Misterio!

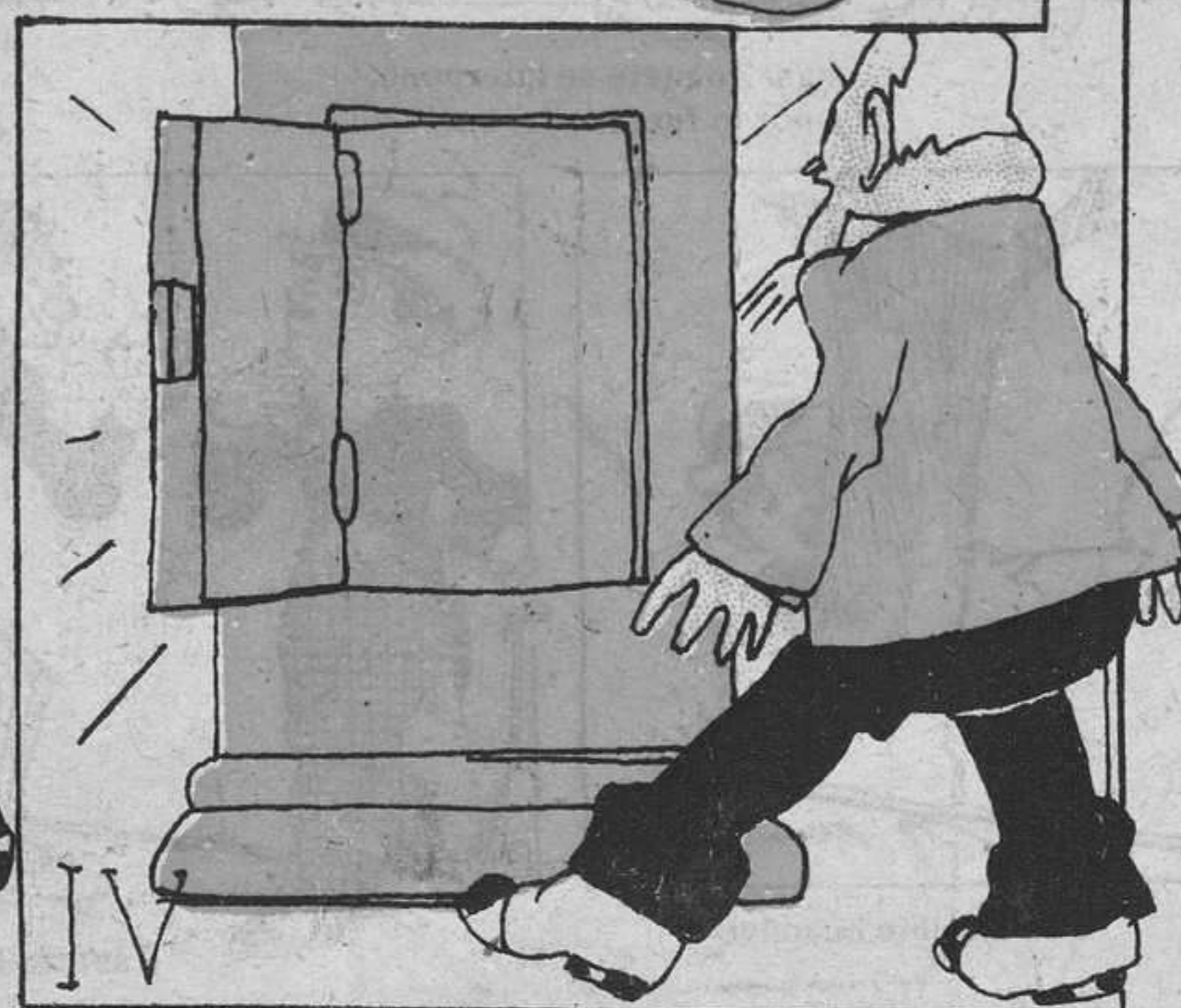
Rojo.



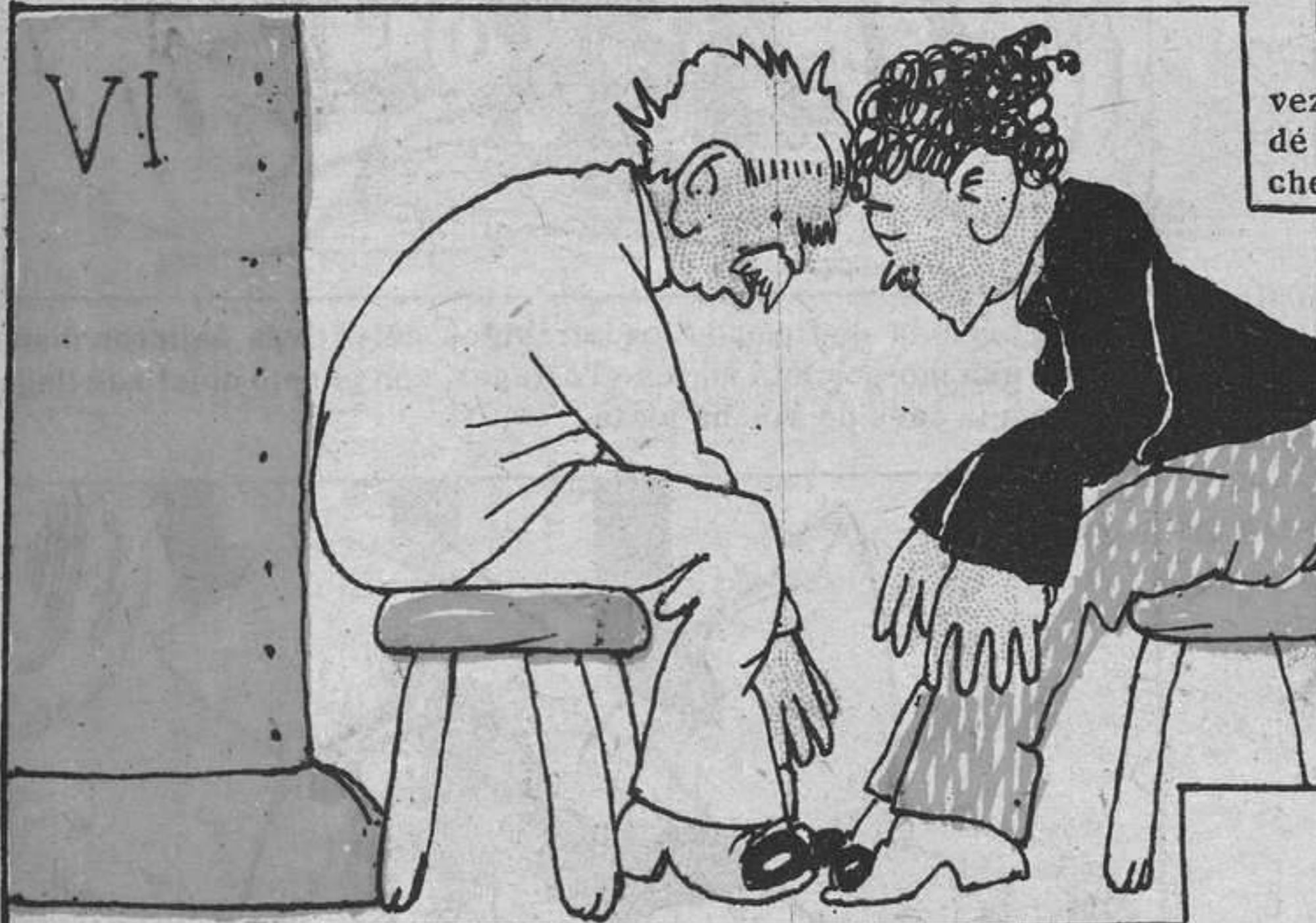
I La película impresionada la semana anterior ha sido un éxito clamoroso. La multitud acude en tropel, y a pesar de funcionar día y noche, tres potentes rotativas no consiguen abastecer a las taquillas en su derroche de localidades.



III Pero ¡Ah! he aquí que aparece una máscara de los dientes blancos. ¿Quién será esta máscara de los dientes blancos? ¿Qué se propone? ¿Qué intenciones traerá?



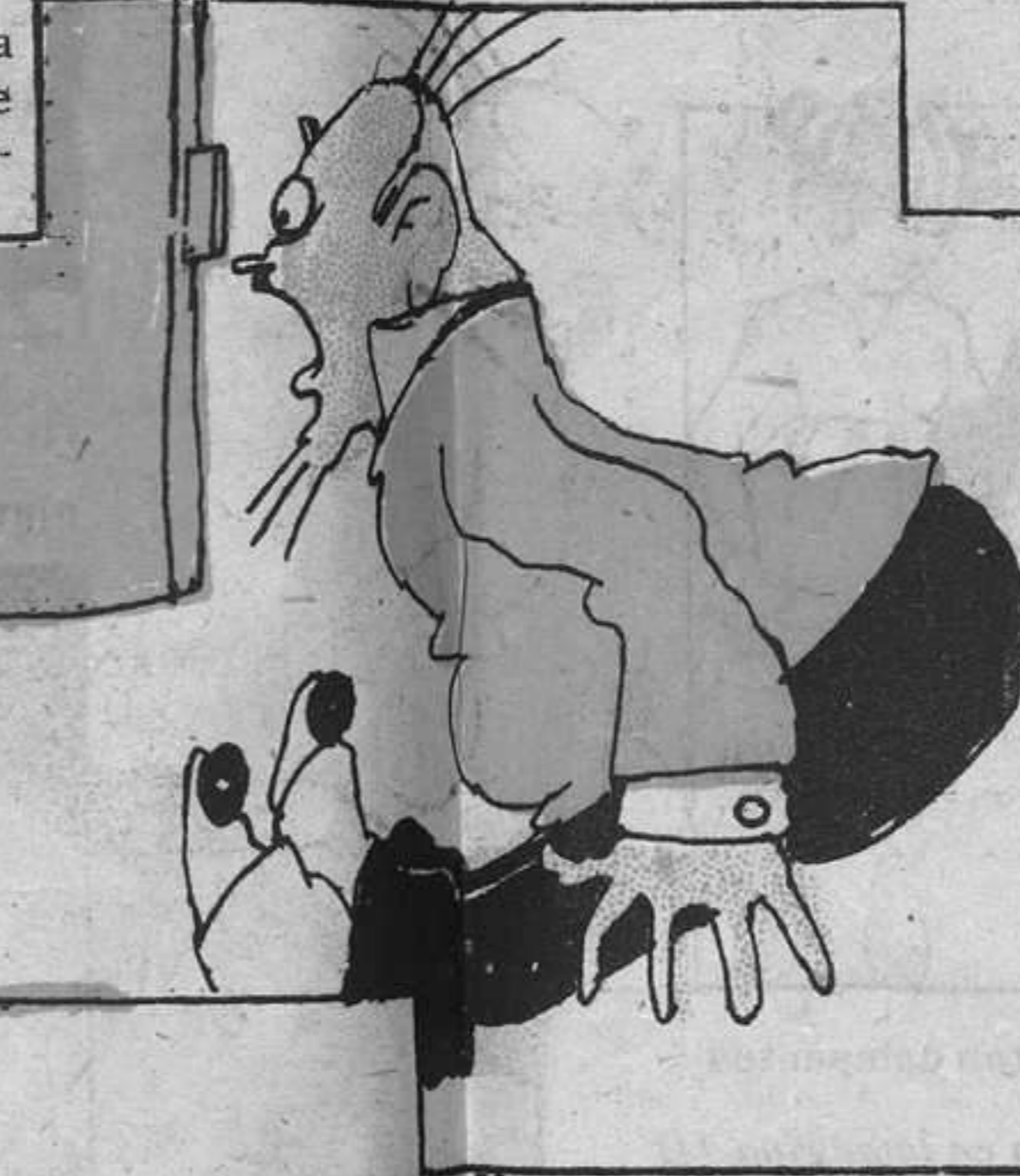
V ... al convencerse de ello, (como le queda solamente otra cinta igual a la desaparecida) a fin de que no le suceda otra vez el lance (lo que sería su ruína) la encierra, incomunica y la pone centinelas de vista.



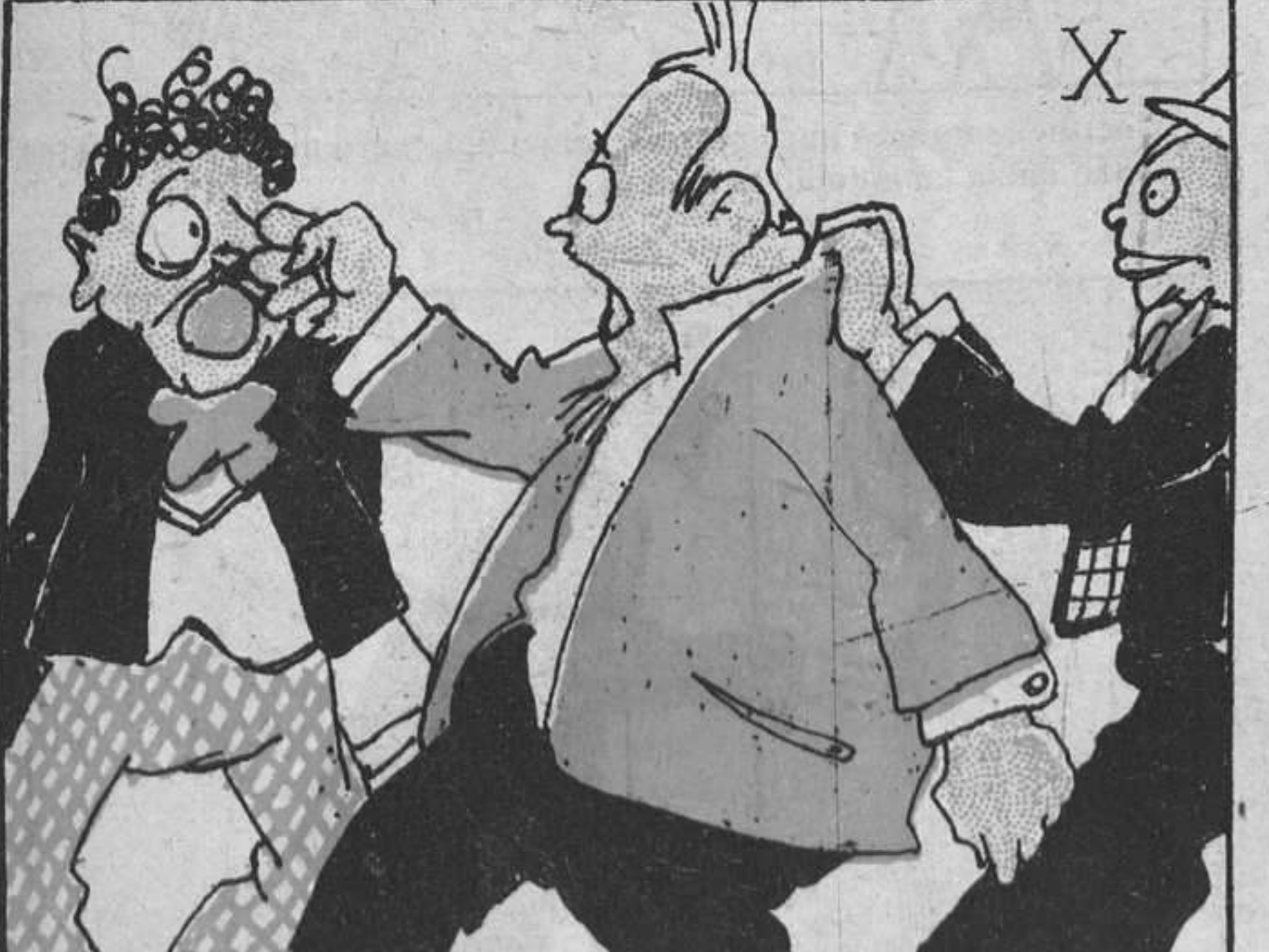
VI Es el pobre José el vigilante, pero no fiándose de él, ayúdale en su tarea el propio Charlot, que ha tomado tan en serio el asunto, que solo se consigue sacarle una leve sonrisa frotándole con una pluma de oca ambas plantas de los pies.



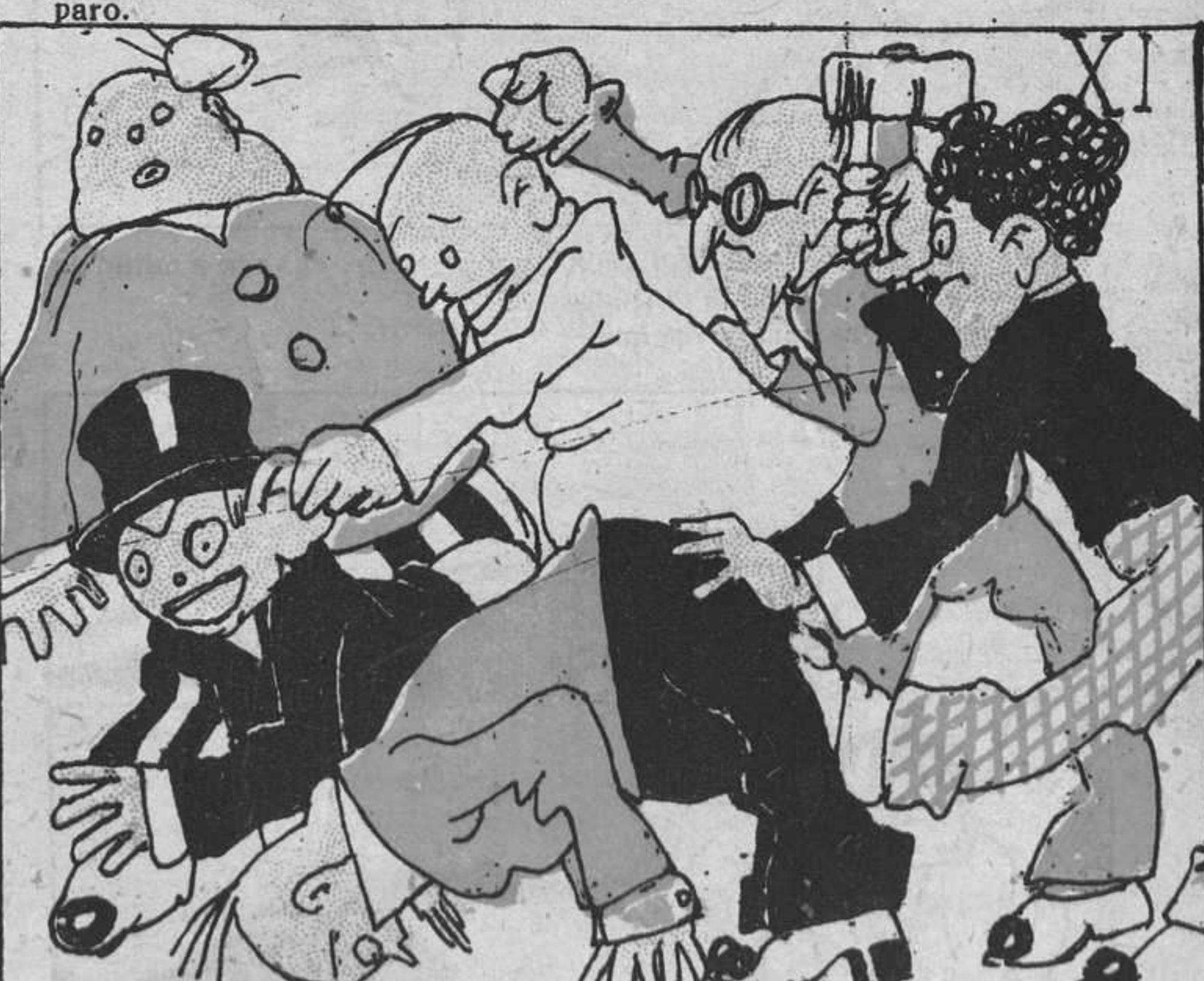
VII Pero el sueño, cosa misteriosamente soñolienta, a la par que invisible, se apodera de los dos, y la máscara, que otra vez se presenta, no halla en su nueva tarea ningún reparo.



IX Manolin, viendo la tormenta, decide inventar un pararrayos. Papá está furioso, y sus iracundos gestos se ciernen sobre alguna mejilla, posadera u cosa propicia a recibir estacazos, cachetes, etc., etc.



X Charlot, viendo mal la cosa, se atreve a proferir cierta palabra calmante para el caso, más al instante recibe en el siniestro ojo, un puñetazo asaz diestro. Esto es la señal.



XI Al momento, la compañía dividida en dos bandos, se precipita mutuamente mitad sobre mitad, Charlotistas sobre Salsichistas y vice versa. Quien armado de un martillo, quien de otro instrumento cortante o punzante y con las uñas a falta de ello. Todo el mundo esforzándose a convertir el pacífico y próspero lugar en un campo de Agramante u otro nombre que recuerde un campo de confusión.



XII Suerte fué la de los beligerantes, que allí acudiera Manolin. Dispara el héroe pequeño una manguera, y así salva a los infelices de una muerte tan cierta como triturada. El efecto producido sobre ellos por el agua fría es desconcertante sobre todos los puntos, pues los más se quedan tan parados como si les hubieran aplicado varias corrientes de rayos ultra-violeta.



XIII Por lo cual no dejo de felicitar a Manolin por su acto, pues la semana proxima no hubiese podido dibujar para los lectores de ese risible semanario, mas que un entierro con varios ataúdes.

PAPIN



Chorlo y Chirla están de charla,



mas, Zoquete se interpone, y por la fuerza dispone



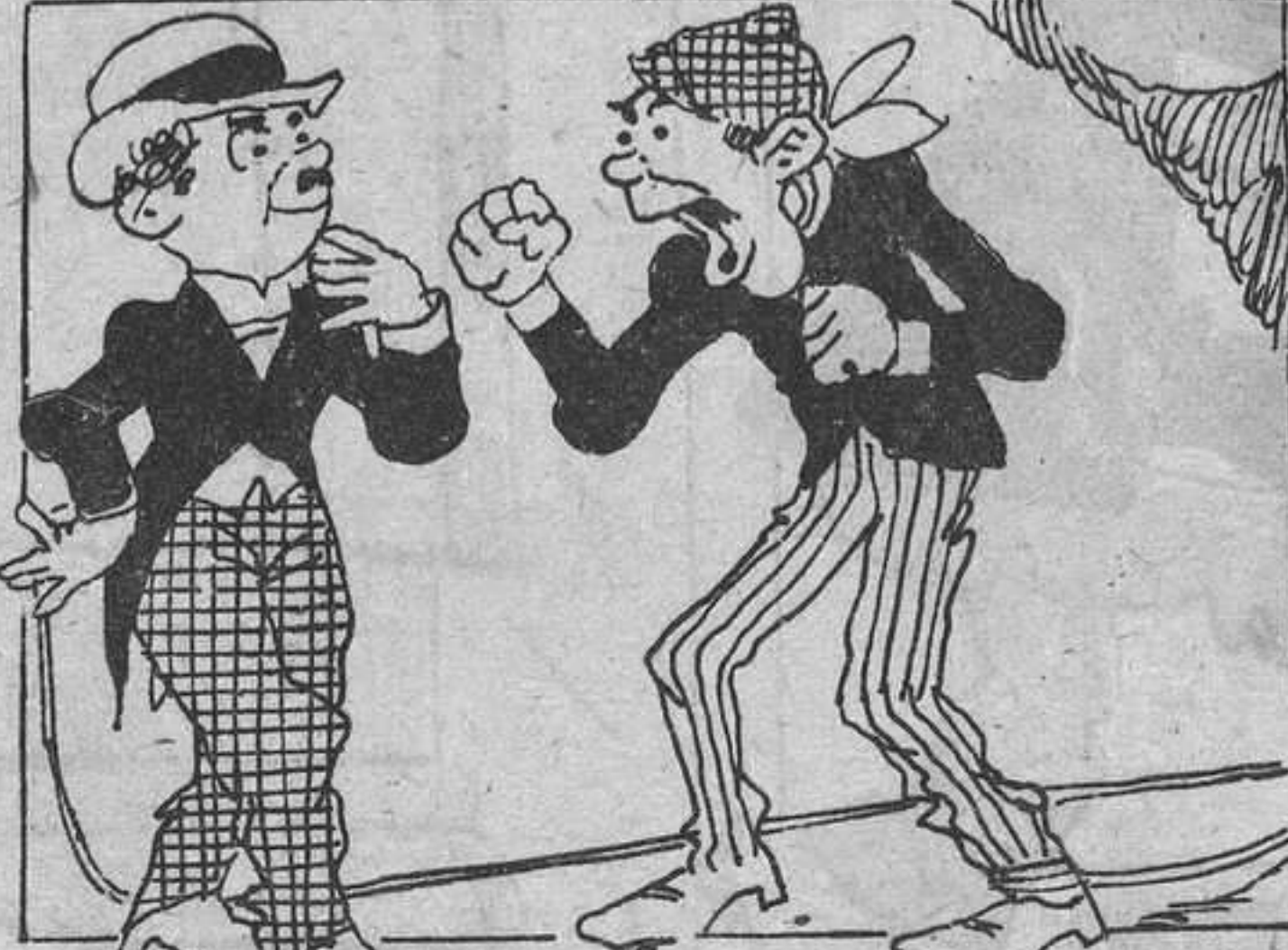
interrumpirles el habla.



Chorlo, en vengarse porfia y quiere dar un castigo



a su terrible enemigo.



y astuto le desafia.



Pero a los pocos instantes se vió Zoquete vencido



y uno queda compungido

y los otros tan campantes.

(Continúa en la página 11)

El paraguas de Don Paco

Llovía copiosamente cuando salió de su casa D. Francisco de la Cuesta (D. Paco) como le llamaban sus íntimos. Abrió su paraguas; un paraguas que había pertenecido a su abuelo y que se hallaba en muy buen estado gracias al cuidado que tenía don Paco a aquella prenda que le recordaba los bellos tiempos de su tierna infancia, además de que era de buena calidad, al revés de los que se llevan hoy en día, en que apenas sopla un poco de aire ya están rotos en mil pedazos; aquel, en cambio, resistía el más furioso huracán. Era un paraguas de los llamados de pastor; de puño y bastón de madera y paño rojo y recio.

Don Paco se pasaba todas las tardes, hasta las ocho de la noche, hora en que se iba a cenar, en el casino, hablando, o mejor dicho, discutiendo con los amigos, y seguramente habría sido un gran sacrificio para él, el dejar de asistir a la cotidiana tertulia. Por eso, y a pesar de la persistente lluvia que caía, había salido aquella tarde de su casa.

Bajaba con su andar pausado por la calle de San Pablo, cuando, y al llegar a la de Mendizábal, hallóse de manos a boca, como decimos vulgarmente, con su amigo Julián Pérez, que como él, se dirigía también al casino.

Julián apenas reparó en su amigo, no pudo de por menos que soltar una estrepitosa carcajada.

—¿De que te ríes?—preguntó don Paco.

—Hombre, ¿pero aún sigues llevando ese paraguas? ¿No comprendes que con él eres el hazme reír de todos los amigos y de los que no lo son?

—Bueno, bueno, que digan ellos lo que quieran y que rían hasta hartarse. Pero yo no abandono por nada el paraguas. Le llevo cariño y... basta.

—Pero...

—Nada, nada. Le llevo cariño.

No tardaron en llegar al casino, situado en la Rambla del Centro. Cuando penetraron en el salón ya estaban reunidos casi todos los contertulios de costumbre.

Al entrar don Paco con su paraguas chorreando, todos prorrumpieron en exclamaciones.

—Vamos, don Paco, guarde usted ese trasto—decía uno.

—Un paraguas de los tiempos de Mari-castaña—añadía un segundo.

—Si lo envía usted al Museo de Antigüedades se lo premian.

—Parece mentira—terciaba otro—que un hombre tan pulcro como don Paco, salga a la calle con semejante armatoste.

Don Paco, en tanto senreía.

—Ustedes digan lo que quieran—dijo al sentarse—pero yo no me separaré nunca de este armatoste, como ha dicho D. Antonio, porque han de saber ustedes que le debo la vida—añadió con énfasis, subrayando la frase.

—¿Cómo?—dijeron todos a una llenos de curiosidad.—Cuenta V.

—Sí, señores. Voy a contarles a ustedes un pequeño suceso que pudo tener graves consecuencias.

Todos se agruparon en torno de don Paco, el cual, después de tomar unos sorbos del humeante café que tenía delante, empezó de este modo su narración:

—Tuve necesidad cierto día,—de esto hará unos doce años aproximadamente—de ir, para asuntos de negocio, a Collblanch, y como estuviera el tiempo algo inseguro, determiné llevarme el paraguas.

—Las diligencias que tenía necesidad de llevar a cabo me ocuparon más tiempo del que yo había calculado y al emprender el viaje de retorno había oscurecido ya por completo. Apenas hacía una hora que andaba por aquella solitaria carretera cuando de improviso presentóse ante mí un hombre de mala catadura, que apuntándome con un revolver que empuñaba en su diestra, pidióme el dinero que llevaba con las consabidas palabras de «Dinero, o la vida». Ya me conocéis sobradamente y sabéis todos que no soy cobarde, que no tiemblo ante el peligro. Tampoco lo fui entonces, y en vez de entregarle el dinero como quizá hubiera hecho cualquier otro en mi lugar, levantando rápidamente mi paraguas, descargué un fuerte golpe sobre la mano derecha del atracador, el cual, lanzando un alarido de dolor, dejó caer el arma que empuñaba al suelo. Rápido, me apoderé de ella y amenacé al malhechor con llevarle preso si no desaparecía inmediatamente de mi vista. Desapareció como por encanto y yo continué tranquilamente mi camino. Esa es, pues, la causa de mi aprecio a este viejo paraguas.

Todos los reunidos callaron para no deshacer el encanto de la narración. Miraron de hurtadillas y con una sonrisita burlona, al famoso paraguas que había salvado la vida a un hombre, y que reposaba tranquilamente apoyado en una silla al lado de su dueño, teniendo a sus pies un gran charco de agua.

En la calle seguía lloviendo.

J. Costa Cots.



Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

Colmo	por	Santiago S.
Tres Apeles	por	KA-RI-KA-TO
Colmo	por	José Neves

Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribáse Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.
NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

COLMO DE UN EQUILIBRISTA

Una vez era un artista, atleta, malabarista, músico, pintor cantante, que trabajaba arrogante haciendo de equilibrista. Con la vejez por quebranto, su proeza llegó a tanto que en vez de titiritero, para hacer algún dinero puso una escuela de canto.

F. Aber Coll

CHISTE

—¿Qué es eso, Perico? Parece que andas algo esmirriau.
—¿No sabes lo que me pasó antiyer?
—No.
—Que me caí de la mula y casi me estroze.
—Más le pasó a mi primo Jorge, el que era mozo en la estación.
—¿Aquel que empentaba el tren?
—El mismo.
—¿Y qué le pasó?
—El tren por encima.

Carmen Gorriz

BIEN DICHO

Llegó un caballero de esos que acostumbra a vivir de primos, a una casa cuando estaban cenando y dijo:
—Amigos; donde hay para cuatro, hay para cinco.
—Si habla V. de la luz del quinqué, tiene V. razón, le dijo el amo de la casa.

Justo D. de Rábago

ADIVINANZA

—¿Qué cosa hay en una locomotora, que no le hace falta y que sin embargo sin ella no puede andar.
—El ruido.

Troncha vigas

SIN TÍTULO

Riñen dos caballeros bien portados; los guardias los detienen.
El más irritado, dice a un guardia:
—El señor y yo somos astrónomos; yo había descubierto un planeta, y el señor, a quien confié el hallazgo, me lo ha robado.
—Se le registrará en la Comisaría.

Prismático

ENTRE AMIGOS

—¿Qué prefieres; una mujer que toque el violín o una que toque el piano?
—La del violín, desde luego.
—¿Por qué?
—Porque el violín se puede tirar por el balcón cuando molesta.

Rodolfo Valle

EN UNA CASCADA

—Cuánta agua, señor, cuánta agua perdida; se podría aprovechar muy bien.
—¿Es usted ingeniero, sin duda, señor?
—No... lechero para servirle.

Panchita

¡BONITO SERIA!

Diálogo entre marido y mujer:
—Chica, yo no me encuentro muy bien.
—Ni yo.
—Pues bonito sería que nos quedásemos viudos los dos a la vez.

Ochavo

GITANADA

Conducía un gitano a su pollino a la feria de la capital; cansado en el camino se montó en el borrico, mas apenas lo hizo despidióle por las orejas, volvióse a subir y volviólo a despedir, levantóse el buen gitano lleno de polvo y de cardenales y exclamó colérico:
—Y pensá que cuando yegue al mercao tendré que hablá bien de ti con lo perramente que tas portao conmigo.

Prismático

CHISTE

En el teatro.
En la representación de cierto drama se desató el público en silbidos menos un espectador, que empezó a aplaudir como un desesperado.
—Pero, hombre,—le dijo otro—¿tiene usted valor para aplaudir una cosa tan mala?
—No; si yo aplaudo a los que silban.

Julio de Sandoval

SIN TÍTULO

La mamá, indignadísima con su hijo, le reprende y le dice:
—¿Conque has dicho al señor maestro que es un borrico? Ahora mismo vas a decirle que lo siento en el alma.
El niño vuelve a la escuela, y obediente, dice al entrar:
—Señor maestro; siento en el alma que sea usted un borrico.

E. Serret

ENTRE DOS AMIGOS

—¿Conoces a López, el famoso pintor de animales?
—¡Ya lo creo! Acaba de hacerme un retrato parecidísimo.

Santiago Santacreu

FELICIDAD

—La felicidad, señora, es cosa muy relativa. Yo tengo un amigo cuya felicidad sería tener callos en los pies.
—¡Jesús, que barbaridad! exclamó una joven.
—Hay que tener en cuenta, señorita, que el amigo a quien me refiero le faltan ambas piernas.

Antonio Papell Garli

UN NIÑO CURIOSO

—Pues, si que es verdad, mamá, lo que dice el maestro, que si hiciéramos un agujero en la tierra, veríamos a los que viven debajo de nosotros.
La mamá.—¿Y a qué vienes con eso?
El niño.—A que he hecho un agujero en el suelo y he visto a la señora de abajo, que por cierto estaba armando un escándalo...

Manuel García

SIN TÍTULO

—¿Qué le ha parecido mi jardín?
—Muy bonito, pero pequeño.
—Pero, en cambio, mire usted que alto, (señalando al cielo).

Pepin

CHISTE

—Pero, ¿como no se ha apercebido V. de que había fuego? ¿Está usted tonto?
—Perdone V. señorita; como soy algu sordu, nun lo había gulado.

Joselito

EN LA CLASE DE FÍSICA

Maestro.—A ver, Ramírez, ¿sabría usted hacer un barómetro?
Ramírez.—(Dudando), sí, señor, el barómetro puede ser por ejemplo... un papel, se pone al descubierto, cuando se esté mojando, lluvia; cuando esté seco, buen tiempo; cuando se menee, aire, y cuando no se vea, niebla.

R. López

SIN TÍTULO

—¿Por qué no se debe comer arroz?
—Porque se llena la boca de granos.

Bac

EN EL CAFÉ

Entran dos soldados sudando, y les pregunta el camarero:
—¿Qué quieren tomar?
El uno, sin fijarse en lo que les preguntan, dice: El fresco.
Y el otro, no sabiendo que pedir, dice: Lo mismo que este señor, pero más helado.

Victor Llorens

AMABILIDAD

Un mendigo guitarrero, medio borracho, está escandalizando a altas horas de la noche. Se le acerca un municipal y le dice:
—Acompáñeme usted.
—Con mucho gusto, contesta el pobre disponiendo la guitarra. ¿Qué va V. a cantar?

F. Martín

EN LA SASTRERIA

—Mire usted, maestro, esta americana me cae mal.
—Apenas me la abroché, saltaron las costuras de la espalda.
—Eso le probará a usted que los botones estaban muy bien pegados.

Juan Arisa

TONTERIA

—¿Cuál es el oficio que no se debe aprender.
—El de... jar... dinero.

Arb

ACERTIJO

—¿En qué se parece una madera recién aserrada a Puerto Arturo?
—En que Puerto Arturo se rindió, y la madera serrin .. dió tambien.

Julio Alabarrieta



PASATIEMPOS



Soluciones al núm. 68

Tarjeta.—Dinamarca.

Tarjeta.—Camisa.

Charada.—Esfera.

Charada.—Tapabocas.

Adivinanza.—El Ave María.

Fuga de vocales.

Alguien vive del ventero,
le contestó con premura
la voz de cierto arriero:
Celedonio caballero
casado, con una mula.

Fuga de vocales.

Yo hice un castillo en el aire
y a su sombra me senté.
Tiró el viento el edificio
y entre sus ruínas quedé.

Acróstico.—

ALA
APOLO
OSO
LOSCINES
TROPA
LIMON
PLUMA
TINTA
NOVEDADES
MARIA
OROS
ESE
ELDIA
DIEGO
OCA
JUANA
ESE
PETRA
RIOS
RILAS
OLA
CLARA

Comprimido.—Sobresale.

CHARADA

De un llorón doble *primera*
¡liberanos Dios, amen!
y de un doble *dos* también;
mas de *todo*, quien pudiera
hacer que mi dulce bien
me diese uno siquiera.

Joaquín M.

ACRÓSTICO

... C Población de España.
.. H » » Holanda.
. A » » Italia.
. R » » de Alemania.
L » » Francia.
O » » Portugal.
.. T » » Rusia.
A. Pulido

FUGA DE VOCALES

P.r.l p.l. d. m. n.v..
h. p.s.d. m.l d.sg.st.s
m. p.dr. d.c. q.. s n.gr.
m. m.dr. d.c. q.. s r.b..
y y. q.. s p.l. d. t.nt.
q.. s .l p.l. q.. l. b.sc.

T. Torrellas

TARJETA

Mateo Marra Mur

Formar, con estas letras, el nombre
de dos mares.

Guillermo Miquelet

ADIVINANZA

Soy blanca de nacimiento
y de verde me vestí,
y ahora que estoy de luto
toda la gente está en mí.

Juan Boria

GEROGLIFICO

gustos

P. Falgade

TRIÁNGULO

.. Vocal
... Pronombre personal
.... Astro
..... Habitación
..... Mineral
..... Reino
..... Nombre de un célebre semanario.

ACRÓSTICO

COCOLICHE TRAGAVIEN
on graciosos episodios,
scuros sótanos, líos,
eladas, complots, misterios,
diosos sobornos, pistas,
ances, cuevas, policías,
ncendios, muertos, heridos;
ocolichina, aventuras,
acen que todos los jueves
sperando sus lectores
erribles descubrimien-
obos, envenenamien-
paches, asesina-
uerras, retos, desaca-
tentados, esquele-
idas, salvadas, secre-
nimitables inven-
sten con afán y aten-
uevos acontecimien-

En Corbella del Carmelo

LOGOGRIFO

Cinco letras tiene el todo
que es un nombre de mujer
y con ellas fácilmente,
si es que las combinas bien,
puedes escribir palabras
que ahora te indicaré:
agua en cantidad enorme,
agua corriente también,
una nota del pentágono,
lo que en los fusiles ves;
un intrumento mortífero;
lo que alimenta a un bebé;
obra musical; pecado
lo que el verso ha de tener;
lo que hay siempre en los altares,
y por último, diré,
que lo que hay en cualquier árbol
cuando ha llegado a crecer.

Charlotazo

CURIOSIDADES

Infancia de los grandes hombres

Murat, rey de las dos Sicilias; hijo
de un posadero.

Virgilio, el gran poeta latino; hijo
de un posadero.

Laffite, opulento banquero y minis-
tro de Luis Felipe; hijo de un carpin-
tero.

Sixto V. Pontífice; fué en su infan-
cia guardador de puercos.

Mahoma, fué arriero.

Sócrates, maestro de Platón; era
hijo de un escultor pobre.

Viriato, general lusitano que ganó
batallas a los romanos; fué pastor.

Molière, poeta francés, inimitable
en sus comedias; fué sastre.

Epicúreo, uno de los más célebres
filósofos de la Grecia; era hijo de un
pastor.

Demóstenes, primer orador de Ate-
nas; hijo de un herrero.

Tarmelán, dueño del más vasto im-
perio que ha existido; hijo de un pastor.

Desiderio Erasmo de Rotterdam,
primer sabio del siglo XV; fué niño de
coro.

Oliverio Cromwell, primer perso-
naje de la revolución de Inglaterra y
protector de su república; era hijo de
un cervecero.

Shakespeare, poeta inglés de in-
mortal memoria; fué hijo de un carni-
cero.

Cristóbal Colón, que dió a Europa
un mundo, debió el ser a un cardador
de lana.

Esopo, fabulista que vive en la me-
moría de los hombres hace más de
2.400 años; fué esclavo toda su juven-
tud.

Eurípides, el gran trágico griego;
era hijo de una verdulera.

Linnes, el famoso naturalista, mé-
dico del rey de Suecia; fué de niño
aprendiz de carpintero.

Franklin, célebre como físico, polí-
tico y moralista; era hijo de un jabo-
nero, y trabajó de cajista en una im-
prenta.

Epicteto, afamado filósofo; fué es-
clavo.

Balzac, novelista famoso; era hijo
de un artesano.

I. I. Rousseau, filósofo, autor del
«Contrato Social»; fué hijo de un re-
lojero.

Ensenada, uno de los hombres de
estado que más honran a España; era
hijo de un labrador de La Rioja.

José Esteva Denis

Tip. Lit. E. Estadella.—Vallfogona, 24
a 28 :: Barcelona :: Teléf. G. 7188



Sucedió, que en justa liza pide vengarse Zoquete.



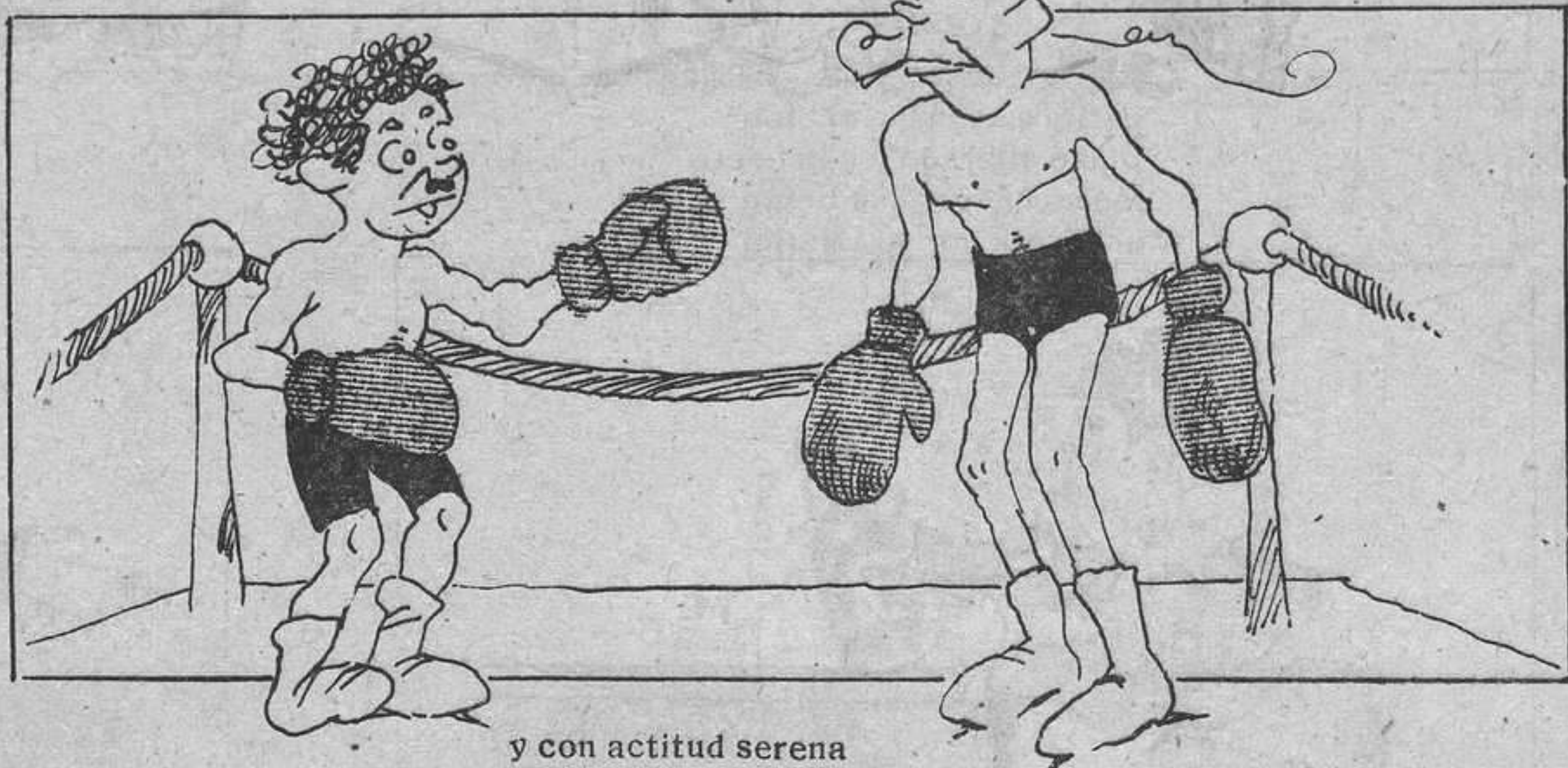
y Chorlo, puesto en un brete,



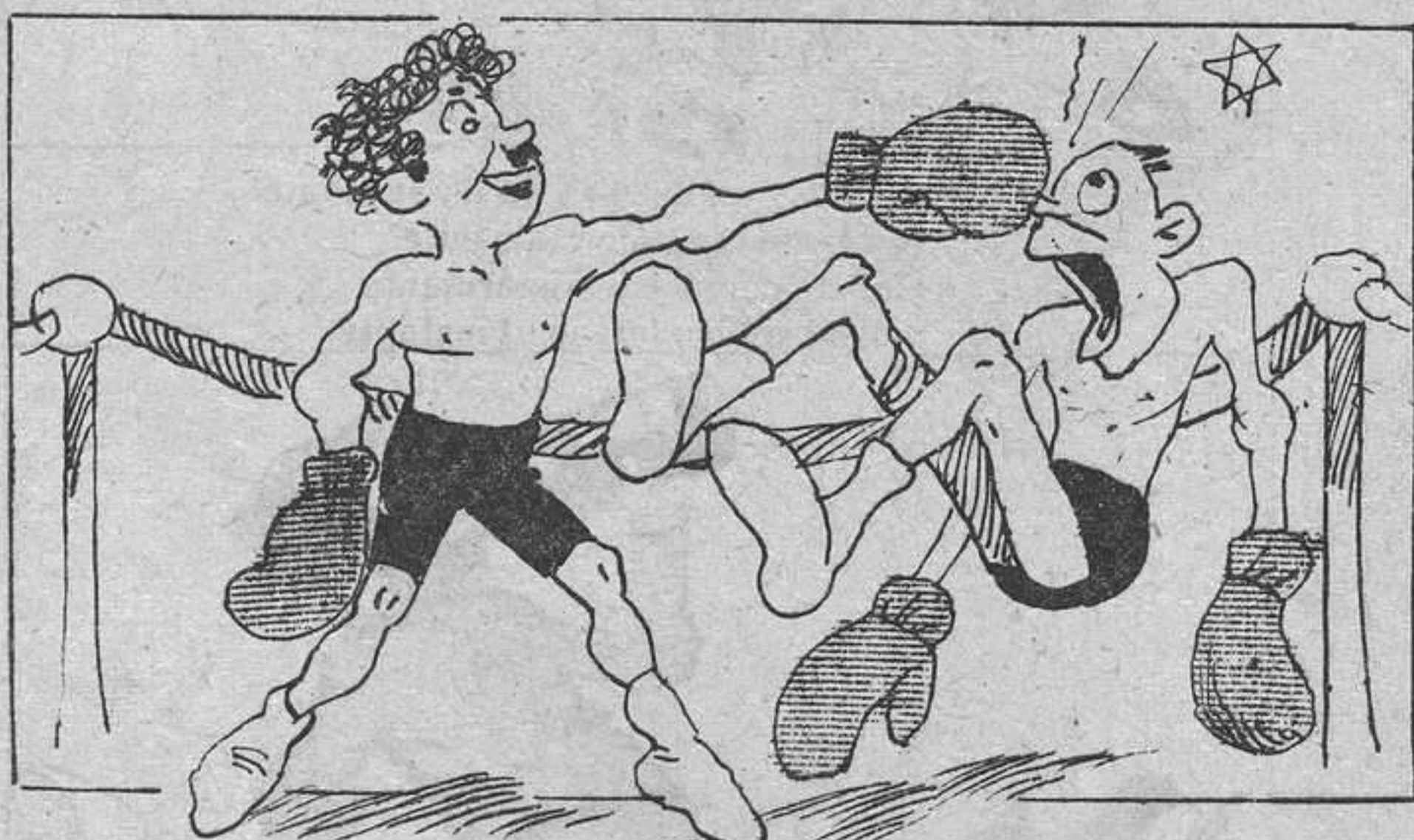
quiere salvar la paliza.



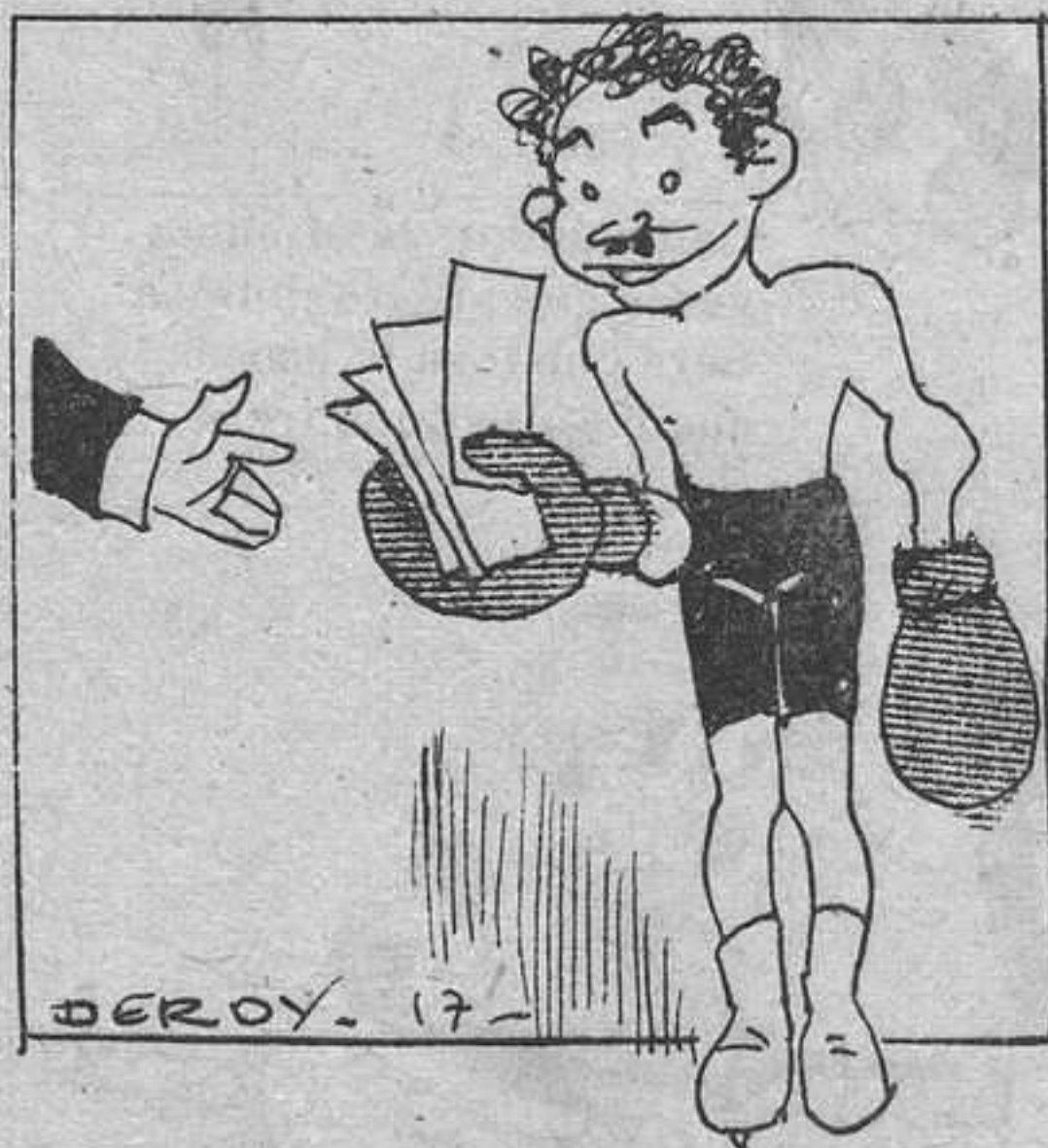
Y aunque ser tramposo es feo, con hierro, el guante rellena



y con actitud serena se presenta en el boxeo.



Al segundo manotazo quedó el duelo terminado.



Viéndose Chorlo premiado.



¡Si será picaronazo!

CORRESPONDENCIA

Amadeo: Esperan turno. J. Arteché: El cuento aritmético que envía, ya se publicó. S. Camós: Si es bueno, envíe lo que guste. D. Quijote: Se publicarán cuando les toque el turno. P. Casado: Envíe la solución del inversa que ha enviado. A. Yñarritu: Los buenos esperan turno, los malos van al cesto. J. Yarza: Pronto se publicarán. A. Aznar: Como portadas no va a ser posible. Veremos de publicar las historietas. J. Caballero: Cada autor premiado comprueba su identidad con una copia del original firmada por el mismo. Simbad: No vá. Sebastián Noval: Sírvase decir que números son los que desea. J. Rodríguez: Los originales se envían en un papel cada cosa. Además, el general español se llamaba *Prim Prats* y no como V. dice. A. Rocamble y El Solitario: Les advierte Cocoliche que vigilen bien; pues cuando menos lo piensen se lo encuentran en... el bolsillo. Rico: Hay muchos delante. A. Sánchez: No van.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

D. Moreu, S. Camós, R. Duce, C. González, E. Pascual, V. Nogués, S. Noval, A. Yñarritu, C. Mitchel.

"CHARLOT"

Precio de Suscripción:

Trimestre 1'50 ptas. Extranjero 4 ptas.
Semestre 3' — " " 8 "
Año 6' — " " 15 "
Número corriente: 10 céntimos
Atrasado: 20

EDICION ESPECIAL DEL

ALMANAQUE

de este Semanario, al precio de 50 cts.

Redacción y Administración:

Putchet, 37

BARCELONA

Cocoliche y Tragavientos

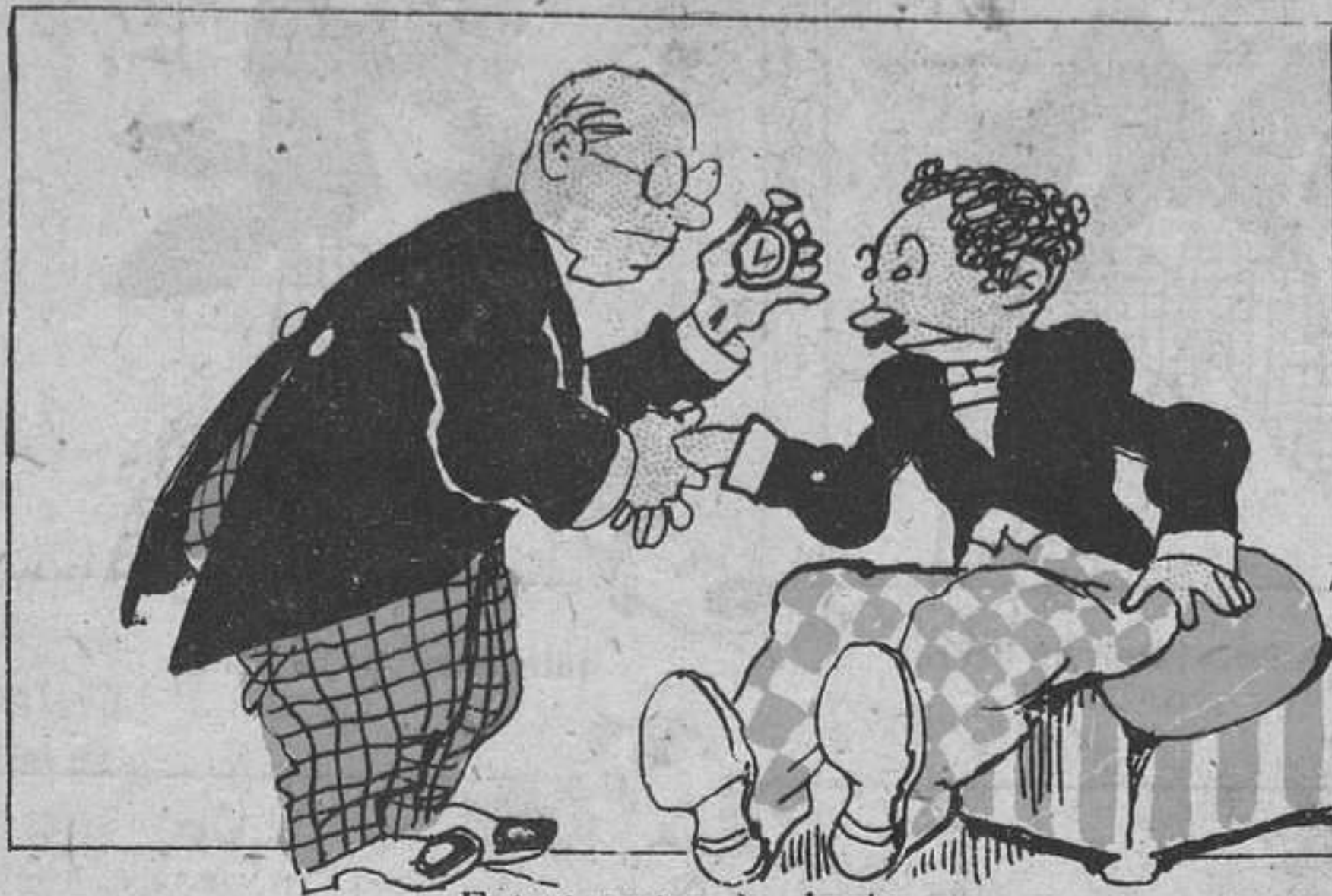
Graciosos episodios detectivescos

PRECIO DE SUSCRIPCION

Semestre: 1'50 pesetas.

Número suelto: 5 céntimos

Medicamento trocado, de excelente resultado, por Derdy



-Estoy muy malo, doctor
-Pulso alterado .. con fiebre ..
-Me comí ayer una liebre
y hoy trota por mi interior



-No quiero medicamentos.
-Chiquillo, no seas tonto.
-Tómalo, verás que pronto
se acaban tus sufrimientos.



Cambiándole la etiqueta
verán que pronto lo toma
Será chistosa la broma
que resulte de la tretá



-¡Dios me libre! ¡A mi un purgante!
¡Vaya un remedio indecente!
Con dos copas de aguardiente
me encuentro bueno al instante.



-Lino, fué bueno el atraco;
estamos de suerte, Lino.
¡Una botella de vino!
Solo nos falta tabaco.



-Bebamos sin cumplimientos!
Celebremos la ocasión!

Para ser un buen... ladrón...
hay que tener... sentimientos...



DERDY 17.

-¡Cielos! Mi casa vacía
por dos apaches ¡Socorro!
¡Parecen muertos! pues corro
a llamar la policía!



Y con prontitud notoria
y sin más contemplaciones
prendieron a los ladrones...
y aquí se acabó la historia.